

PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO

María del Carmen VELAZQUEZ

EL DOCTOR ZEA, interesado profundamente en el estudio de las ideas en la América hispana, ha escrito el libro *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*.* Tal parece que sus obras anteriores sobre el positivismo le han abierto un panorama del pensamiento en la América latina del siglo XIX, de ilustre estirpe, pero de muy escasos cultivadores. La perspectiva que el tiempo ha dado a la historia de la América de habla española le ha permitido distinguir dos etapas en el pensamiento de Hispanoamérica independiente.

En la Introducción de su libro presenta el doctor Zea la problemática con que todo estudiante de filosofía o de la historia de las ideas en América ha de tropezar, a saber, buscar la armonía entre el mundo real que lo rodea y la disciplina de origen y método europeo que trata de dominar. Asienta, siguiendo a Hegel, que es necesario el estudio de las ideas en este continente para poder llegar a *asimilar* un pasado que debe ser ya auténtico pasado, y, por lo tanto, historia. Pues el doctor Zea advierte que quizá por no haber tenido conciencia de ello, las ideas que han regido el pensamiento del siglo XIX, desde la independencia hasta nuestros días, son todavía motivo de apasionadas discusiones y controversias. Es decir, no han sido asimiladas. El estudio que él hace está hecho con el fin de contribuir a esa *asimilación*.

Por lo que toca a la materia del libro, la Introducción es muy clara y representa un trabajo de síntesis muy bien logrado. Cumple el objeto de explicar el título del libro: *Dos etapas* . . . , pues el lector se percató de inmediato cómo hubo dos momentos culminantes en el pensamiento de la América latina en el siglo XIX. Al primero de estos momentos le llama con gran acierto *La emancipación mental*. Después de la consumación de la independencia, fué evidente a los patriotas america-

* El Colegio de México, México, 1949.

nos que la sola emancipación política no cambiaba en mucho sus destinos. Al conjunto de ideas con que los insurgentes iniciaron la vida nacional, el doctor Zea lo llama pensamiento romántico, para distinguirlo de alguna manera del que imperó en la etapa siguiente de mediados y fines del siglo. Se abandonó la filosofía romántica cuando los hispanoamericanos se dieron cuenta de que no era suficiente haber cortado los vínculos con España para integrar las nuevas repúblicas, y que a la libertad política tenía que aparejarse la libertad de pensar. Se destaca como típica de este período la enumeración que el doctor Zea hace de las ideologías en lucha entonces en las jóvenes repúblicas: "civilización y barbarie", "modernidad y medievo", "catolicismo y republicanism", "progreso y retroceso". Estas posiciones son muy de la época y quizás válidas aún para entender la actitud del hispanoamericano ante muchos de los problemas de su vida nacional. Dentro de la misma etapa hace advertir el doctor Zea el "espíritu de cuerpo" enfrentándose al sentimiento nacional, como una supervivencia de la forma en que se concebía la estructura social medieval, teocrática y de jerarquías, de círculos y condiciones, en oposición a la sociedad moderna formada por el pacto social, "the survival of the fittest", el evolucionismo y la lucha de clases. Es, en suma, en esta etapa cuando Hispanoamérica vuelve la espalda a todo lo español, para extirpar todo lo de origen peninsular colonial y, en cambio, se tornan los ojos a los modelos de Inglaterra y los Estados Unidos.

En la segunda etapa, llamada *Nuevo orden*, el doctor Zea da cuenta de las ideas con que los patriotas combatieron los viejos hábitos mentales españoles; tarea que no pasó sin crítica entonces y que también ahora ha sido considerada como truncadora del pasado de Hispanoamérica. Esas ideas directoras de la vida nacional vinieron, como las de la etapa anterior, de Europa, en donde los pensadores se entusiasman entonces con las escuelas científicas y positivistas. Cada una de las modalidades que en América tuvo el positivismo la describe el doctor Zea en un país distinto. Resulta así una heterodoxia positivista muy interesante. Además, de la filosofía positivista muestra en América no sólo la versión de Comte, sino también la de Spencer, Stuart Mill, Darwin. El positivismo no penetró al mismo tiempo en todos los países del Nuevo Mundo, y

mientras más avanzado estuvo el siglo XIX cuando llegó a un país, más lejano se encuentra de la forma original con que lo expresó Comte, cuya versión, por otra parte, fué la más aceptada en Hispanoamérica. Al Uruguay y al Perú, por ejemplo, llega muy tarde, y entonces ya en unión de otras muchas ideas correspondientes a nuevas formas del pensamiento europeo. Es de notarse la diferencia en la influencia de las ideas positivistas cuando llegan a principios de siglo a un país, como en el caso de la Argentina, y la influencia que tienen cuando llegan modificadas de Europa, para crear la diversidad de rumbos que se advierten en el pensamiento de los países de habla española. Asimismo es interesante observar cómo se valen los hispanoamericanos de un mismo cuerpo de ideas para hallar solución diametralmente opuesta a los problemas nacionales, como es el caso de la Argentina y México (Cap. VII).

Esta multiplicidad de interpretaciones del positivismo que el doctor Zea presenta, nos libra de cualquier intento de generalización de carácter pan-americanista; pero, en cambio, nos lleva a creer en cierta aportación de Hispanoamérica al pensamiento universal. También se desprende de la lectura de este estudio que el problema de la falta de asimilación del pasado en Hispanoamérica es más viejo que el siglo XIX, pues es bastante claro que la colonia no había asimilado su pasado indígena. Prueba de ello es que al iniciarse la dominación española, se plantean problemas que se replantean al empezar la vida nacional.

Es de desear que este estudio de la historia de las ideas en Hispanoamérica, hecho con tanto éxito, sea el principio de una serie de trabajos que vayan haciendo aparecer y después resaltar, en cada país de América, los rasgos característicos del pensamiento del siglo XIX, hoy perdidos y olvidados por razón de nuevos intereses.